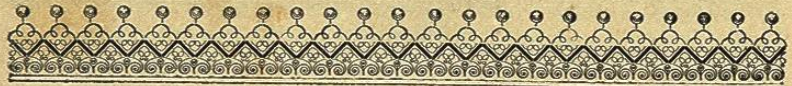




EL EXCMO S. G.º D. MANUEL DE MIER Y TERÁN.



EL RIO-BRAVO DEL NORTE.

UN SUICIDIO.

Y hoy, ¿donde el jefe está? ¿Donde está el sabio,
El campeón denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al extranjero detenía?
Y un ejército entero nos valía?

José María Lacunza.

MIENTRAS mas se registra la historia, ó se traen á la mente los sucesos contemporáneos, mas se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren . . . y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo . . . hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por mas infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa

medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert. En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está circundado del aura del pueblo, como de los dictérios de una faccion que rie en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los adulaadores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene mas que una fria tierra donde reposar; es un objeto grande, muy grande para la investigacion de un filósofo.

Estas ideas poco mas ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tápia derruida, que llaman cemen-

terio en Padilla, ví una losa sin inscripción, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres. Iturbide que fué asesinado, y Teran que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡¡¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo descaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las pequeñas particularidades de su vida privada y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh! decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios, sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamás olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamás el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleon.—Estos son colosos que se ven aun mas grandes de este lado del Oceano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un hombre hace cosas que por mas sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demás, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa con-

fusión social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido la energía para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Ergo, como el general cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos renglones en esta serie de frios y mal forjados artículos que he querido llamar impresiones de viage.

La noche que el cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de un profundo desconsuelo, pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: “La suerte está echada, y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España.” Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su curato.

El vaticinio se cumplió.—Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas, pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles,

se veían aparecer y lucir cada vez mas claros algunos genios que merecerán la veneración, no solo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta; como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que habia de triunfar. Este gefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oajaca, unido á las fuerzas independientes que habia por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habian sucedido unas á otras, pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oajaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Cilacayoapan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe V. compañero, que vamos á ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre V. un medio de librarnos?

—Solo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

—Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes, buena adivinanza la del teniente coronel.

La noche siguiente, con mucho silencio salió el teniente coronel con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería, al cuidado de un capitán llamado Perez, y cayendo de im-

proviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no habia ya ningun enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, seria despues el Escmo. Sr. general D. MANUEL DE MIER Y TERAN.

En el instante en que se dá el grito de rebelion, aunque tenga por causa la mas santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. He aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres, con los intereses y no con el patriotismo, con las pasiones y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese tambien que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no solo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior, del pensamiento de sobreponerse á los demás, y aun muchas veces querían abrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros gefes. Uno de estos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario

según se deduce de la historia de sus hechos.

Teran militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oajaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llamado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su comun enemigo. Por desgracia esto se ha repetido con frecuencia de entonces acá.

Teran no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró naturalmente que había sido en ese lance un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Teran ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó pues una ocasión en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Teran con el mismo guerrillero Luna á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Teran con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero V. vé que la defensa es natural.

—¡Y cree V. todavía que yo tuve

la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo...

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Teran, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de V. y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El Sr. Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que V. tuvo la culpa de todo, y luego como V. mandó la acción y...

—¡Rosains!... exclamó Teran mordiendo los labios.

—Sí señor.

—Francamente quiero que me diga V., continuó Teran, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¡y V. estaría sujeto á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa V. que Rosains es el que ordenó batiera á V. hasta no dejarle un hombre.

—¡Rosains!... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Teran, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¡Es posible!... Pero...

—Si V. no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo solo, y si no puedo, me marcharé á mi casa.

—Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¡Con que no responde V., Luna? Acuértese que el pobre Martínez murió atravesado de balas por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de V.

—¡Y cree V., le interrumpió Teran,

que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á V. esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso...

—Cuento con V. ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Teran le estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¡Por qué no has hecho lo que te ordené?

—El pobre soldado que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á brios! Todos vds. son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar más de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á brios! que esta gentualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se vé, lo mismo eres tú, que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es más bestia que un cabo escuadra. ¡He! márchate, ¡voto á brios! ó te rompo la nuca con... diciendo esto, se agachaba á tomar algún trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado más que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Teran.

—¡Voto á brios! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribon asistente.—¿Qué se ofrece, que tan de mañana tengo á vds. por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Teran, que no ofrecen demora.

—¡Véamos cuáles?

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven más para perjudicar á la causa de la patria que para defenderla.

—Y ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains, frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Teran con mucha calma, y por fortuna podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á V.?

—Sí, sí, me parece...

—Para no andar con más rodeos, V. es uno de esos hombres, y por tanto venimos á prenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera, pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba, y dijo:—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera. En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Teran, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á V. más arbitrio que resignarse con su suerte; conque háganos V. favor de vestirse, ó de lo contrario lo liarémos á V. con todo y colchon, y como un fardo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, Sr. Teran. No creía yo que V. era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creía que V. era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á V. de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de la mano los pantalones que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á V. que se vista, interrumpió Teran con mas dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de V., el traidor Teran se encargará de dulcificarla, tranquilícese V.

—Con esto, se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestir, salieron los tres de la recámara.

D. Pablo Mendivil, hablando de Rosains, dice: "Fué entregado á Luna, conducido despues al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposicion del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del Arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia."

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Cilacayoapan, fué el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunia el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Teran el quedar sin rival en el mando militar, aunque no escento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano, salió Teran de su habitacion con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: "*que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡á las armas! corramos*".... Los soldados de la guardia creyeron que

su gefe se había vuelto loco, y no sabían que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo: "¿Qué ordena mi coronel?"

—Esta interpelacion sacó de su éxtasis á Teran; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco elasticidad, y recobrando su sangre fria, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo:—tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.

—¡Viva nuestro coronel, ¡viva la patria! interrumpieron los soldados.

El coronel continuó:—Cabo, vaya V. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar la órden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfaccion á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos dias, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se dá el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¿Tiene V. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de V., mi coronel.

—El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al dia siguiente la pequeña tropa, que apenas se componia de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaria trabajo pasar aun á los

mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herian sus piés descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditacion. De repente dió órden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas, y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó lleno de entusiasmo; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y coronel son iguales.

Los soldados reanimados, gritaron:—¡Viva el coronel! ¡Viva la nacion! y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

¿Qué sublime seria ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su gefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió órden de que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él, estos soldados son escelentes para mi plan.

Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver solo á unos cuantos centinelas inmóviles como unas estátuas; aplicó el oido y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observacion, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de la avanzada, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiracion, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el sub-teniente Ezeta que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiracion.

—Oficial, ¿quiere V. conservar la vida?

—Perdon, gracia, gracia, prorumpió el oficial despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Teran. Si V. está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapan, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que V. quiera haré.

—Bien. Cabo, dijo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al Sr. oficial, y si acaso se mueve un soldado ó él chista palabra, lo clavas con la bayoneta.

Teran siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porcion de bultos informes. Dada la primera descarga, avanzó con sable en mano y sus soldados tras él con

bayoneta calada. La confusion y gritaría fué horrenda; pero quince minutos despues mandó tocar reunion, porque los seiscientos enemigos habian abandonado el campo á toda priesa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor pátrio eran vínculos que los hacian amarse doblemente.

En estos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedian unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacán, tenia noticia de la próxima llegada del congreso, que convocó en Chilpancingo el Sr. Morelos, y pensó seriamente que esta reunion, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna prevencion hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, gobernaban donde quiera que estaban, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su inestabilidad, de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecian, á la manera que el digno prevoste Tristán L'Hermite, armado de su garracha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia en nombre de su augusto amo el Sr. Luis XI.

Bien que el congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos

que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Éstas y otras mas consideraciones vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que habia hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales eminentemente bruscos y magníficamente groseros, trató de escigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera mas atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Teran. Es la cosa mas admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazon leal, incapaz de mancillarse con la vil codicia. Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacernos de esta reunion de locos que se llama congreso. ¡Le cabe á V. en el juicio que mis paisanos, que me han visto esponer mil veces mi cabeza, me traten de ladron? ¡Vive el cielo, Mayor, que podria á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana! . . . Y lo haré, sí señor . . .

El Mayor se estremeció, y el coronel habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene V. razon, Mayor: su silencio me da á entender que no es V. de mi dictámen. Un momento de cólera me ha hecho prorumpir en mil necesidades. Si yo he de vivir en la histo-

ria de mi pais, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios.

Por otra parte, esos hombres esponen tambien su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello:

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de enmedio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos por ejemplo unos dias, y despues dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas . . . ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el Mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, Mayor, daré á V. mañana mis instrucciones; por ahora necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolucion del congreso y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los Sres. D. Antonio Cumplido, D. Ignacio Alas y D. Manuel de Mier y Teran.

Los miembros del congreso fueron arrestados, pero á los tres dias comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Teran en poco tiempo desde la esfera de subalterno despreciado por su gefe, al rango de magnate del gobierno provisional de la república.

Nuestro respetable historiador y anticuario D. Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Teran, y de considerar este acto como un borron que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, séame lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinion, y acojermé á la de otro historiador mas a-

trevido y mas enérgico para pintar á las cosas y á los hombres. D. Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento, se espresa así: "D. Manuel Teran se encontró embarazado con muchos mandones, despues de haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nacion mexicana, pero que en realidad no eran mas que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los mas por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos que hacen tolerable la usurpacion, venian á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oajaca los males que ya habian hecho en la de México y Valladolid."

Que Teran tenia ideas liberales no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocia que en las circunstancias que guardaba la insurreccion del pais, no convenia aún el establecimiento de un gobierno democrático, bueno solo para cuando los paises están en tranquilidad y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detencion de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó despues de la disolucion del congreso en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opinion de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los gefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

Este golpe no desanimó á Teran: reflexionó que para ser algo en el